

Mejor corto conocido

6 HISTORIAS BREVES III. OJO DERECHO: El séptimo día, G. Lichtman. El ladrillo, F. Massobrio. Zapallares, C. Monroy. Paseador de almas, S. Lozano. Familia Fortone, G. Lublinsky. Territorio, M. del Puerto. Catherine, R. Soto. Candela, M. Romanella. OJO IZQUIERDO: Nostalgia en la mesa 8, A. Muschietti. Lara y los trenes, S. Loza. La botella, L. Paolinelli. Dónde estaba Dios cuando te fuiste, M. Schapces. Maricel y los del puente, D. Mancini. La media medalla, M. Grossi. El fueye, G. Macri.



Cada entrega de *Historias breves*, las compilaciones de cortometrajes que resultan de los concursos del Instituto de Cine (40.000 pesos para cada guión elegido), genera la tentación de ver en ella "el futuro del cine argentino". Pero la caracterización es exagerada por más de un motivo: no sabemos si los proyectos seleccionados fueron los mejores y tampoco es sensato decidir sobre el porvenir de un realizador a partir de su primera obra en celuloide. Por otra parte, el hábito hace que la agradable sorpresa inicial se haya diluido un poco y que la benevolencia con la que se habla de los directores incipientes resulte un poco forzada. Más interesante es advertir que más que del incierto futuro, la producción de cortos habla de las constantes de un presente que se perpetúa. En especial, de la disyuntiva que se abre ante un aspirante a cineasta cuando tiene por fin los medios para filmar un proyecto sin demasiadas angustias. Esa disyuntiva no es otra que elegir, más que entre estéticas o escuelas, si su intención es arriesgarse a una búsqueda de resultado abierto por caminos ligados a sus inquietudes u obsesiones personales o, por el contrario, correr

menos riesgos e incorporarse al cuerpo preexistente de la producción audiovisual argentina.

En ese sentido, hay un dato que apunta programáticamente en la segunda dirección y es la gaceta de prensa que incluye este párrafo: "Esta naciente generación de cineastas no viene sola sino, por el contrario, un grupo importante de actores del cine nacional se ha comprometido con ella y ponen su prestigio y su experiencia para que estas *Historias breves III* tengan la solidez que un público maduro exige." Sigue una lista de actores conocidos. Ahora bien ¿por qué un realizador joven habría de recurrir a estos consagrados en lugar de apostar, justamente, a caras tan desconocidas y, por eso mismo, tan dignas de trascender como ellos mismos? Recordemos que éstas no son películas cuyo éxito económico requiera de nombres conocidos (el problema ni siquiera se plantea). La respuesta no es unívoca, pero se impone una interpretación: los que usan esas figuras aceptan de algún modo las películas que esos actores hicieron antes y el mundo del cine argentino tal cual es. No aspiran a cambiarlo demasiado y aceptan, en cambio,

que se los trate a priori de inmaduros.

Otra cosa, claro, es el resultado: la originalidad, el interés y la calidad de cada propuesta y la efectividad con que cada director logró lo que buscaba. En *Historias breves III* el balance favorece a los renovadores. Porque entre los tradicionalistas, entre los que eligieron tanto estéticas como caras conocidas, hay poco destacable. Apenas la originalidad y cierto misterio del relato en *Zapallares* de Carlos Monroy y la demoledora eficacia de *Nostalgia en la mesa 8*, un glorioso sketch de televisión de Andrés Muschietti, que tiene la gracia y la fuerza de una realización avezada. Y también todos los subrayados de actuación y cámara destinados a que el espectador festeje cada chiste.

En el otro extremo, hay dos cortos felizmente cinematográficos. Uno es *El séptimo día*, de Gabriel Lichtman, que relata un *bar-mitzvah* en el que la precisión y la sutileza del director dejan adivinar las contradicciones más profundas que atraviesan a la clase media argentina de hoy y los híbridos culturales que resultan de adaptar las tradiciones a la circunstancia. Se destacan en este film un par de actores judíos desopilantes. El otro

... que largo por conocer. Ésa es la única conclusión posible de comparar la tercera edición de las vernáculos *Historias breves* con los lamentables films extranjeros de la semana.

2 Inocencia robada
de Jonathan Kaplan, con Claire Danes,
Kate Beckinsale y Bill Pullman

2 La sombra de la noche
de Ole Bornedal, con Ewan McGregor,
Patricia Arquette y Nick Nolte

es *Candela*, donde el director Romancella construye un imaginario territorio latinoamericano con actores no profesionales y un espacio cinematográfico de silvestre belleza. Por otra parte, tres películas del interior exhiben mundos personales e inquietudes destacables: *La botella*, de la cordobesa Liliana Paolinelli en el que un conjunto de personajes maduros juegan un juego para adolescentes. No es el primer trabajo de Paolinelli y tampoco el único que sorprende por la naturaleza de sus intrincados mundos mentales. De Córdoba es también Santiago Loza, cuyo *Lana y los trenes* exhibe los planos más reposados y profundos de la muestra. En este corto brilla la revelación actoral, la extraordinaria Mara Santucho. La muy buena fotografía de los dos films cordobeses es de Ada Frontini. Virtuosa es también la foto de Fernando Zago en el corto rosarino *Maribel y los del puente*, de Daniel Mancini, de humor incisivo y perverso. Entre los cortos a destacar figura también *El fueye* de Gustavo Macri, una cariñosa reconstrucción de la infancia de Aníbal Troilo.

El conjunto de quince cortos tiene demasiadas incursiones en lo grotesco y un par de proyectos fallidos o impenetrables. Pero la experiencia de las *Historias breves* merece una oportunidad por parte del espectador inquieto.

Quintín



La historia es así: dos íntimas amigas deciden ir a Bangkok para festejar el fin de la secundaria; hacen una diablura, conocen chico amable y atractivo y terminan en la cárcel acusadas de querer traficar heroína (obviamente puesta en sus bolsos por chico amable). En la línea de *Expreso de medianoche* y *Por la vida de un amigo*, aunque con varias enseñanzas. Entre otras: 1) nunca confíes en extraños; 2) Tailandia, además de una legislación muy dura contra el tráfico de drogas y cárceles con retretes inclassificables, tiene cucarachas alucinógenas (una de las protagonistas entra en trance después que se le mete una cucaracha en el oído); 3) los cortes de pelo de sus cárceles no tienen la uniformidad de sus símiles de Occidente: allí a cada una se le hace uno de esos que las ponen más lindas; 4) sólo se conoce el valor de las cosas cuando se las pierde (verbigracia, la libertad); 5) de haber terminado con un baile a lo *Flashdance* cantando *Freedom*, quizás merecería ser vista.

Jorge Belaunzarán

El realizador tuvo éxito en Dinamarca con la primera versión de este film, por lo que Hollywood lo contrató para que lo repitiese. Un paso en falso. *La sombra de la noche* es un thriller sádico, manipulador y tramposo en el que, para colmo, la identidad del asesino se advina de acá a Copenhague y los personajes cambian de personalidad como de camisa. Ni la moraleja —que no es bueno huir de la rutina y desear una vida de aventuras— evita la convención edificante.

Q.

1 Wing Commander: escuadrón espacial
de Chris Roberts, con Freddie Prinze

En el siglo XXVI, la Confederación se enfrenta a una "sanguinaria y malvada raza alienígena", y eso es todo lo que se puede contar, porque lo demás no se entiende. Roberts es el creador del juego informático *Wing Commander*, y quiso hacer una película. No se le ocurrió mejor idea que llevar su juego a la pantalla. Parece que nadie le avisó que el cine es algo distinto a los números binarios. Su mezcla de *Star Wars*, *Alien* y *Viaje a las estrellas*, rematado con un cóctel de diversas técnicas de batallas, es un bodeque ininteligible y aburrido.

J. B.